

El biho ayudó a Luciérnaga a construir una pequeña casita de tierra con un techo de hojas. Muchos mejor que un castillo que se derruiría! Juntos atrajeron a otras luciérnagas con su luz, creando una pequeña comunidad brillante. Ese su un millón era un poco exagerado.

Un día, conoció a un viejo biho sabio, con plumas grises como la niebla matutina. El biho escuchó atentamente la lista de Luciérnaga, sus ojos grandes y redondos brillaban con inteligencia. El biho sonrió y le dijo que algunos deseos eran posibles, otros... ¡necesitaban un poco de magia!

Para el arcobris, el biho le enseñó a Luciérnaga a buscarlo después de una lluvia. El arcobris no era suyo, pero ella podía admirarlo! Luciérnaga aprendió que algunos deseos son imposibles, pero que la felicidad se encuentra en los pequeños logros.

Luciérnaga, una niña diminuta con una luz que brillaba como un sol de verano, tenía una lista de deseos tan larga como su rabo. Quería un castillo de chocolate, un millón de luciérnagas amigas y un arcobris para jugar al escondite. Su lista estaba pegada en una hoja de diente de león, tan grande y ambiciosa como sus sueños.

Así, Luciérnaga reescribió su lista. En lugar de un millón de amigos, se conformó con unos pocos, pero especiales. En vez de un castillo de chocolate, se alegró con su pequeña casita. Aprendió que la satisfacción no está en tenerla todo, sino en valorar lo que se tiene.



El Deseo de la Pequeña Luciérnaga

¿Qué parte de la lista de Luciérnaga te pareció más difícil de cumplir? ¿Qué desearías tú si pudieras pedir tres deseos? ¿Cómo se sentía Luciérnaga al principio? ¿Qué aprendió Luciérnaga al final de la historia?

Ahora, Luciérnaga brillaba más que nunca, no solo por su luz, sino por la alegría de sus nuevos amigos y su casita. ¡Había aprendido que la magia está en cumplir los deseos posibles y disfrutar del camino!

